LA MODA ELEGANTE

Año XXII. — PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS, — Num. 30.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario. — Paletot de tafetan. — Vestido para niña de seis á ocho años.—Delantal. — Postizos, trenzas y crepés de Mr. Croisat.— Redecilla á punto de malla. — Sombrero redondo.—Peinado para señora de edad.—Leandro. — Explicacion del grabado de modas. — Costumbres parisiense. — Viaje de Edmundo Broomley. — Teatro. — Explicacion del figurin iluminado.—Anuncio.

Paletot de tafetan.

Se hace de tafetan negro; todos los paños llevan al rededor una pasamanería negra y blanca, orillada de guipur negro estrecho. Estos paños están separados desde su borde inferior en un espacio de 25 *centímetros poco mas ó menos* y se reunen por medio de una especie de enrejado de cordoncillo negro, que termina en unas borlitas; en las esquinas redondeadas de los paños se colocan rosetas de pasamanería; la guarnicion de cada paño de delante sigue hasta rodear la sisa, y baja por el paño correspondiente de detrás. Trage de fulard gris plata, con dibujos *camafeos* (gris sobre gris). Sombrero de crin negro con *fanchon* de encage y rosa encarnada.

Vestido para niña de 6 á 8 años.

Este vestido se compone de un corpiño-blusa de cachemira encarnada ó azul, con mangas de puño, de una chaqueta y de una enagua, guarnecidas ámbas con tiras de cachemira del mismo color que el corpiño-blusa; la enagua tiene 50 centímetros de largo y 3 metros de ancho; la tira que la guarnece es de 4 centímetros de alto; va adornada con un dibujo de trencilla negra muy sencillo, y colocado á 5 centímetros de distancia del borde inferior de la enagua; esta tira sube por cada lado, y en la punta que forma se pone una roseta hecha con una tira de cachemira de 2 centímetros de ancho, orlada de trencilla negra doble, dispuesta en espiral. En las mangas y en el delantero de la chaqueta se colocan rosetas semejantes, pero algo mas pequeñas.

Las rosetas todas llevan en el centro un boton negro.

PALETOT DE TAFETAN.

Delantal.

Como nos proponemos publicar algunos modelos en este género, señalarémos el de hoy con el n.° 1.

Este delantal es de tafetan negro; el fondo tiene 50 centímetros de largo y 60 de ancho; está escotado en el borde superior en un espacio de 3 centímetros poco mas ó menos; este fondo se rodea por los otros tres bordes con una tira de tul negro que tenga 18 centímetros de ancho, al rededor de la cual se cose un cordon para sostenerla; sobre esta tira se dispone la guarnicion.

Primeramente se prepara un rizado de tafetan negro recortado por ámbos bordes, que tenga 3 centímetros de alto, y el cual se pliega, dejándole una cabeza de un centímetro. Se emplean 2 y 1/2 *metros de tira de tafetan* para hacer un metro de rizado; tres órdenes de estos rodean el delantal; van colocados uno junto á otro, de modo que ocupen un espacio de 7 centímetros sobre la tira de tul; el rizado que está mas inmediato al fondo monta sobre este en todo el ancho de la cabeza, y junto á esta última se cose una pasamanería estrecha, con cuentas de azabache. Tres nuevos rizados se cosen sobre el otro borde de la

© Biblioteca Nacional de España

tira de tul; el espacio comprendido entre los seis rizados se cubre con un entredos de encage que tenga 5 centímetros de alto. Despues del último rizado se pone un encaje ligeramente fruncido, que tenga 11 centímetros de alto. El borde superior del delantal se pliega de tal modo que haya dos pliegues dobles en el medio y tres sencillos en cada lado; el delantal, plegado ya, debe tener 21 centímetros de ancho; se le arma en una tira estrecha de tafetan al sesgo, despues se le guarnece, sobre los pliegues mismos, con dos rizados dispuestos de modo que figuren una punta; el rizado superior lleva cabeza, y se cose con una pasamanería semejante á la que se ha empleado ya. En cada lado del delantal se cose una cinta de tafetan negro de 5 centímetros de ancho por un metro y 12 centímetros de largo.

A 13 centímetros de distancia de la cinta, y á 17 centímetros del borde superior del fondo se hacen dos aberturas horizontales, cada una de 11 centímetros de largo, por bajo de las cuales se colocan faltriqueras de tafetan negro de 14 á 16 centímetros de largo. El borde inferior de la abertura se guarnece con un pedazo de encage de 11 centímetros de alto y 40 de largo, disminuido por cada lado, y que se frunce en forma de concha; encima del encaje se pone un rizado con cabeza.

VESTIDO PARA NIÑA DE 6 A 8 AÑOS.

Postizos, trenzas y crepés, de Mr. Croisat.

Los pormenores que vamos á dar convienen á todas las edades; dividirémos los objetos de que vamos á ocuparnos en dos distintas clases: los unos destinados á disimular el ultrage irreparable de los años; los otros sirven para asentar el edificio de los peinados adoptados por las damas jóvenes.

Los números 1, 2 y 3 son tres rulós diferentes, sobre los cuales se dispone el cabello cuando el peinado se compone de un sombrero redondo. El n.º 1 es calado y se hace de crin: es muy lijero, y conviene solo á una cabellera voluminosa. El n.º 2, por el contrario, es un crepé de cabellos, que se cubre con otros lisos, y sirve para una cabellera menos abundante. El n.º 3 es tambien un crepé de cabello, y debe escogerse para una mediana cabellera.

N.º 4. *Añadido gemelo* que suministra los dos tercios de una trenza, es decir, añadiéndose al cabello que se emplea para uno solo de los tres cabos que componen una trenza. Se le coloca lo mas cerca posible de la cabeza, debajo del cabello natural, y de este modo se forma una trenza que engaña al ojo mas ejercitado. Estos *añadidos gemelos* son una feliz modificacion de los *mechones de soldadura*, porque su precio es infinitamente mas barato y su empleo mas fácil.

N.º 5. *Lazo de castaña.* La trenza que lo atraviesa puede ser postiza ó natural: la peineta se pone despues, es decir, que el lazo se sujeta por medio de un peinecillo que no se vé.

N.ºs 6 y 7. *Crepés fofos* de dimension gradual para organizar las cocas mas ó menos voluminosas de la parte anterior del peinado. El mas pequeño se coloca *junto á las sienes, el mediano inmediato* á la carrera de la frente, el mayor un poco hácia atrás: aislado, sirve tambien para los bandós á la criolla.

Postizos.—Son de *carrera color de carne*, y ejecutados con rara perfeccion. El n.º 8 es una diadema rizada, hecha de cabellos grises ó blancos; conviene á las personas de edad, que sin tratar de ocultar su madurez quieren sin embargo seguir la moda.

N.º 9. *Casquete.*—La armazon está oculta y asegurada por una trenza de terciopelo; se le emplea formando primero con el cabello natural un bandó sobre la frente; se pone en seguida el casquete á 4 ó 5 centímetros de distancia de aquella; se forman en cada lado tres bandós enrollados, y se los sujeta por detrás.

N.º 10. *Postizo aislado*, para cubrir algun sitio despojado de cabellos. La armazon se compone de tul hecho con cabellos blancos, y se confunde perfectamente con el resto de cabellera.

N.º 11. *Postizo* de la misma especie que el *anterior.*

N.º 12. Se hace sobre película de tripa de vaca, tan delgada como una hoja de papel. Para asegurarlo sobre la cabeza se unta con gelatina.

N.º 13. *Bandós* á los que va unido un mechon que se junta con el cabello de detrás para sujetar el postizo.

N.º 14. *Peluca* armada sobre una cinta de terciopelo.

N.º 15. *Postizo* que cubre la parte superior de la cabeza.

Redecilla á punto de malla.

MATERIALES.—Torzal de seda ó hilo de Escocia n.º 100; cuatro moldes de hacer red de diferentes gruesos; 3 metros de cinta que tenga 6 ó 7 centímetros de ancho.

Se empieza la redecilla por el medio del fondo, y se trabaja en espiral; el borde se dispone en forma de presillas, atravesadas por una cinta.

Para ejecutar el fondo se emplean tres moldes diferentes. El n.º 1 (molde mas fino) es una aguja de hacer punto, de mediano grueso, y cuya circunferencia tenga apenas medio centímetro. El del número 2 ha de tener tres cuartos de centímetro. El n.º 3 es un molde plano, de tamaño tal que el hilo que ha de rodearlo tenga 2 centímetros de largo.

Fondo. Se arman 8 puntos en el molde n.º 1; se hacen tres vueltas lisas, las dos primeras sobre el n.º 1,—la tercera sobre el molde del número 2.

4.ª *vuelta.*—Molde n.º 3. En cada punto de la vuelta anterior se hacen 5.

5.ª *vuelta y* 6.ª.—Molde n.º 1. En cada punto se hace un punto.

7.ª *vuelta.*—Molde n.º 2. Bajo cada punto se pasa un punto, es decir, que se deja uno libre entre cada punto que se forma.

Las vueltas de la 4.ª á la 7.ª componen una de las rayas ó listas del dibujo; se las repite en el mismo órden hasta seis veces mas. En las cuatro últimas repeticiones se pasa un punto entre cada 5 puntos de la primera vuelta, á fin de que el *fondo no aumente demasiado* pronto. En la 6.ª repeticion se hacen solo 3 vueltas de la raya, se corta la hebra, se divide el fondo (que se compone de 7 rayas) en dos partes iguales, la de delante y la de detrás; el fin de cada vuelta se encuentra en el medio por detrás. Desde el medio, por delante, se cuentan por cada lado 60 puntos, y sobre estos 120 se continúa el dibujo del siguiente modo.

Se completa primeramente la última raya haciendo su última vuelta; se hace otra raya mas pasando siempre un punto despues de cada 5 de la primera vuelta. En la última de esta raya se dejan libres los 30 últimos puntos. Se vuelve la labor, se comienza de nuevo una raya, dejando libres los 30 últimos puntos. Se han menguado, por tanto, 30 puntos por cada lado, ó 60 en todo. Se mengua todavía en las dos primeras vueltas de cada raya siguiente: primero 15 puntos por cada lado,—en la raya que le sigue 20 puntos por cada lado,—en las dos rayas *sucesivas 30 puntos por cada lado*,—luego 35 puntos en cada lado: en la 6.ª y última raya no quedan mas que 10 puntos en el medio de la vuelta anterior, y esta 6.ª raya forma una punta.

El delantero de la redecilla está terminado; se corta la hebra, se la ata al primer punto del delantero, y se trabaja de ida y vuelta.

Molde n.º 1.—Al hacer la primera vuelta, se toman en los lados 2 puntos á la vez,—hácia el medio 3 puntos á la vez reunidos en uno solo; se divide el número de puntos que quedan en partes compuestas cada una de 14 ó 15 puntos, se trabaja aisladamente sobre este número para formar las presillas, y se hacen de ida y vuelta 6 vueltas de red comun con los moldes n.º 1 y n.º 3. Cuando las presillas están terminadas se hacen al rededor de ellas dos ó tres vueltas con el molde n.º 1: el fondo está concluido.

Para la guarnicion de delante, se arman 200 puntos sobre el molde n.º 1, y se trabaja de ida y vuelta, haciendo alternativamente 4 vueltas sobre el n.º 1,—y 9 sobre el molde plano. Así se hacen en todo cinco veces las vueltas con el molde n.º 1,—4 veces las vueltas con el molde plano. Se dispone la guarnicion al rededor de la redecilla, de modo que aquella forme 4 bullones. En el centro de esta guarnicion se hace una tira de 50 puntos de largo, componiéndose de tres rayas hechas como las anteriores con el molde n.º 1, alternando con dos rayas hechas sobre el molde plano. Esta tira forma otros dos bullones.

La redecilla se dispone sobre una *cinta elástica: debe ser lisa por delante*, muy fruncida por detrás. En el delantero se pone la guarnicion, por las presillas de detrás se pasa la cinta, cuyos dos cabos se fijan en el centro, por delante. Las cocas y el lazo de cinta se disponen como lo indica el dibujo.

DELANTAL N.º 1.

Sombrero redondo.

Es de paja de Italia, guarnecido por una guirnalda de yedra, mezclada con flores de terciopelo negro y plumitas negras. Una ancha tira de blonda se enrolla al rededor del fondo, y cae por detrás en cabos guarnecidos de encage de seda.

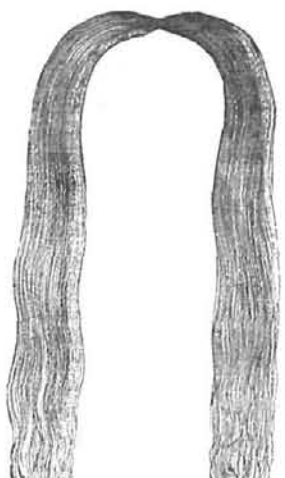
Peinado para señora de edad.

Este peinado se aproxima á la mo-

© Biblioteca Nacional de España

N.º 1.

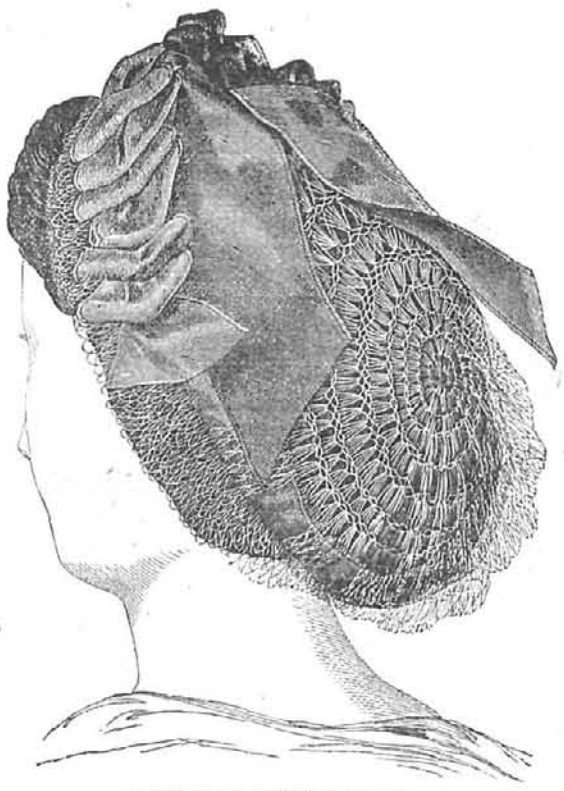
N.º 8.



N.º 4.

N.º 9.

da actual, pero sin exageracion. La castaña se *compone de una ancha* coca que cae sobre la nuca, sobre la cual hay una segunda coca que sirve de punto de apoyo al *fanchon* de encage. El cabello de delante se dispone en bandós, despues se riza un poco, se hacen con él *bucles, y estos se sujetan* por un peinecillo invisible. — Sobre este peinado se pone la *fanchon* plegándola por un *lado y otro, y sujetándola* con agujetas adornadas de pedreria. Aquí y allí se colocan algunas ramas con flores y *algunas agujetas adornadas*.



REDECILLA A PUNTO DE MALLA.

LEANDRO.

(Continuacion.)

IV.

Leandro y Francisca salieron, y apenas se hallaron en la calle, cuando esta última, bajo la impresion todavía del secreto que le habia sido confiado, y temiendo no haber comprendido bien, exclamó;

—Pero ¿es bien cierto lo que me habeis dicho?

Leandro dió á Francisca las explicaciones mas propias para satisfacerla; la recordó el desgraciado fin de aquel hombre tan jóven todavia cuya muerte ella misma le anunció; la cruel impresion que esta noticia *le habia producido, y su salida inmediata para* ir á socorrer al infortunado.

—Y aun me acuerdo de vuestro semblante al volver *á casa*, dijo Francisca recobrando la memoria de lo ocurrido; casi me dió miedo.

Leandro prometió á su criada enseñarla la carta que el infeliz Roger le habia escrito para recomendarle su hija.

—¡Ah! No habeis olvidado su recomendacion... ¡Pobre niña!... Bien cuidada ha estado; nadie habria podido sospechar que no era una hermana... Dios ha querido todo eso para despues haceros dichoso, y lo sereis. Habeis amado á Blanca como á una hermana, ahora la amareis como á una esposa, y ella os amará igualmente... lo apostaria, exclamó Francisca animándose; lo digo porque os conozco á los dos... como si fuera vuestra madre.

—*Gracias por vuestras esperanzas*, que deseo se cumplan; pero entre tanto que llega esa gran felicidad, hasta la noche.

—Podeis contar conmigo.

Leandro se dirijió hácia el parque, y Francisca muy gozosa por el acomodo que la habian propuesto, tomó un sendero de atajo para llegar cuanto antes á su destino, á fin de estar pronto de vuelta al lado de Blanca.

En cuanto se hubieron alejado, una ventana de aquella antigua casa abandonada *que dejaba ver su desnudez* al lado de la hermosa habitacion del artista, se abrió suavemente y un *hombre se asomó por ella*.

Este hombre habia visto salir á Leandro y á Francisca.

En la atencion con que esta oia la relacion de Leandro, y en el nombre de Blanca pronunciado repetidas veces, habia adivinado que esta conversacion podia interesarle.

Cerrando al punto la *ventana que acababa de* abrir, se habia apresurado á bajar y se habia acercado á la puerta de entrada de la casa, á la cual habian llegado hablando Francisca y Leandro sin sospechar que detrás de aquella puerta alguien los escuchaba.

Sea como quiera, esta persona acababa de saber que Francisca iba á ver á una enferma, y que volveria *á eso de las nueve* á fin de que la jóven estuviese sola el menos tiempo *posible en la ausencia* del artista.

¿Quién era este hombre que espiaba asi las interioridades de la casa de Leandro?

Este hombre era el marqués de Neuville, el mismo que *habia* visto á Leandro en la mañana de aquel dia para decirle que le acompañara á casa del duque de Avranches.

El marqués tenia á la sazon cincuenta y cinco años, pero trataba de disimularlo lo mejor que podia. Su cabello siempre empolvado, daba á su fisonomia, hermosa y alegre por naturaleza, cierto aire de frescura y de juventud que le habria hecho pasar por un hombre de treinta y cinco años. Su trage era elegante; llevaba sus vestidos con mucha distincion, y *se entregaba á las aventuras galantes con tanto* ardor, como si estuviera en sus años juveniles.

Habiendo pasado la mitad de su vida en medio de las licenciosas costumbres de la córte de Luis XV, habia conservado cierta prevision de experiencia, de libertinaje y de medios de seduccion.

Hacia mas de dos meses que el marqués de Neuville se habia apoderado de la casa abandonada, y el lector habrá adivinado ya que habia sido atraido por los hechizos de Blanca.

El marqués de Neuville habia tomado la costumbre de hacer de tiempo en tiempo á Leandro una visita de aficionado. En efecto, le gustaban las artes, y solia dispensar su proteccion á los artistas.

Un dia del mes de agosto de 1785 habia ido á ver á Leandro, y por primera vez Blanca se habia mostrado á sus miradas, pero sin que esta hubiese fijado *su atencion en él*.

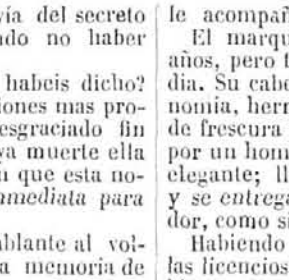
La jóven se encontraba al extremo del jardin y habia subido á un banquillo para cortar varias ramitas en las enredaderas que guarnecian la pared del fondo.

El marqués se habia quedado deslumbrado por la finura de su esbelto talle y por el aire tan elegante y gracioso de toda su persona.

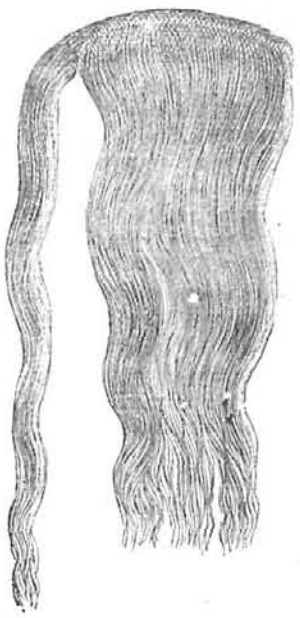
Estuvo á punto de lanzar una exclamacion de entusiasmo; pero se contuvo porque se hallaba al lado del artista.

Sin embargo, como habia visto que Leandro habia observado la atencion con que miraba á Blanca, juzgó prudente *decirle que su hermana era una* jóven encantadora.

Leandro le respondió con tanto la-



N.º 3.

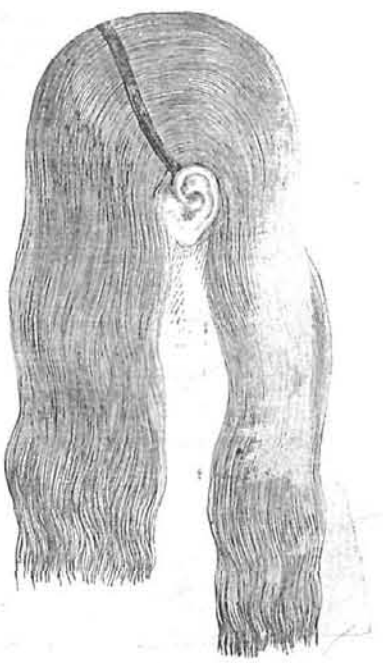


N.º 15.

N.º 13.

N.º 10.

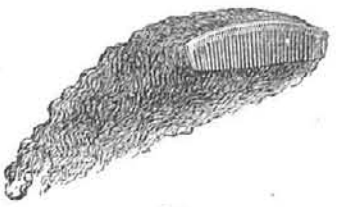
N.º 12.



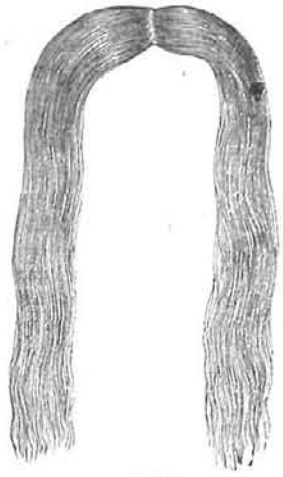
N.º 14.

N.º 2.

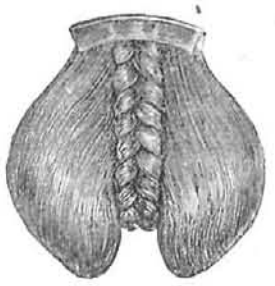
N.º 6.



N.º 7.



N.º 11.



N.º 5.

© Biblioteca Nacional de España

conismo y dignidad, que el marqués no habria cometido la torpeza de insistir en hablar de Blanca, y así fué que continuó la conversacion principiada, y despues de aquel dia no se volvió á presentar en casa del artista.

Sin embargo, el recuerdo de aquella jóven que apenas habia visto, quedó grabado en su mente. Y no es esto decir que aquel recuerdo hubiese causado en él algun desórden; el marqués de Neuville habia corrido mucho mundo para sentir de repente un amor verdadero. Para él las aventuras amorosas eran moneda muy corriente. Por esta razon habia pensado que aquella casa ruinosa que justamente tenia una ventana en frente de la del cuarto de la jóven, podria ser útil.

El marqués habia acudido tres veces á la ventana desde que habia tomado posesion de la casa, y nunca la jóven habia mirado hácia aquel sitio. Blanca iba y venia por su aposento, y abria y cerraba su ventana, con indiferencia y abandono, sin recelar que nadie mas que Leandro pudiese ocuparse de ella.

En suma, Blanca conocia al marqués de Neuville de nombre nada mas, y porque Leandro habia hablado de él como de un aficionado á las artes.

Esta indiferencia sin embargo, precisamente porque no era afectada, acabó por seducir al marqués, quien se propuso descubrir si en aquella jóven de un aspecto tan inocente habia un corazon capaz de emociones. Por el momento, debemos confesarlo así, era pues una simple curiosidad psicológica, y los sucesos le daban ocasion de satisfacerla; acababa de saber que Blanca estaria sola durante algunas horas.

Tales eran las disposiciones del marqués de Neuville cuando se asomó á la ventana despues que hubieron salido Leandro y Francisca.

Apenas se puso en observacion, la jóven salió á su ventana. Su semblante estaba melancólico; apoyó su cabeza en la pared, y permaneció así un momento inmóvil y pensativa con los ojos bajos.

El marqués se sorprendió con el cambio que observaba en aquella niña ayer tan risueña y tan indiferente, hoy tan séria y preocupada. Estuvo á punto de interpretar este cambio en su favor, ignorando las emociones que habia sufrido Blanca.

El marqués estaba en este pensamiento cuando quiso la casualidad que Blanca alzara los ojos y se encontrase con su mirada. El marqués se afirmó en su idea, se imaginó que la jóven habia fijado su atencion en él, y en su vanidad llegó á figurarse que Blanca estando sola se asomaba á su ventana para que él la dijera alguna cosa.

Animado por esta suposicion y sabiendo que nadie podia verle ni oirle, se inclinó fuera de la ventana, y con los ademanes mas apasionados exclamó:

—Jóven hechicera, compadeceos de un pobre loco que os adora. ¡Oh! No sois inhumana; poseer vuestro amor es el sueño de mi alma en delirio... ¡Si me rechazais, mi único refugio será la muerte!...

Blanca se hallaba tan sumergida en sus meditaciones, que al punto no comprendió si era á ella á quien se dirijia aquel hombre que acababa de ver sin mirarle; pero sorprendida luego con aquella aparicion repentina, se apartó de la ventana avergonzada de no haberlo hecho desde luego. Por último, un sentimiento de espanto la sobrecojió cuando vino á reflexionar que aquel desconocido á quien veia por la primera vez, parecia hablarla por el contrario como si la conociera hacia mucho tiempo.

—Esperaba pues una ocasion, se decia, para dirijirme todas esas palabras!... ¡Habia espiado todos mis movimientos... sabia cuando Leandro estaba ausente!... ¡Habita por mi esa casa que yo creia sin nadie!...

Y Blanca se entristeció mas y mas, y su corazon se turbó profundamente con la vecindad de un hombre que hasta entonces se habia ocultado á todas las miradas.

SOMBRERO REDONDO.

Sin embargo, sea que el alma humana se incline á conocer la causa de sus impresiones, aun las mas penosas, para familiarizarse con ellas y combatirlas, sea que por el contrario, subyugada por esa causa se vea obligada á ceder, Blanca se sintió atraida á pesar suyo hácia la ventana de donde se alejó con tanta presteza. Se acercó pues, y levantó la cortina lo justo para poder mirar.

El marqués de Neuville no habia abandonado su ventana y tenia clavados sus ojos en la de Blanca. Habia estado esperando, bien persuadido de que la jóven no habia huido para siempre y que volveria; tan bien conocia el corazon femenino.

Blanca despues de haberle examinado un instante, se tranquilizó. La riqueza de los vestidos del marqués de Neuville, los encajes que le adornaban y los diamantes que brillaban en sus dedos, no podian indicar mas que un hombre bien educado. Además, su semblante la pareció agradable y risueño, con una expresion de bondad muy señalada.

En tanto que hacia todas esas reflexiones para calmar su espanto, su mano derecha que tenia un poco levantada la cortinilla, hizo un movimiento involuntario, la cortinilla se aportó de repente, y la jóven se descubrió á los ojos del marqués. No esperaba otra cosa: pronto como un relámpago y antes de que Blanca hubiera podido ocultarse de nuevo, exclamó:

—Gracias, gracias, ángel mio; yo trataré de que nos veamos.

La jóven dejó caer la cortina que habia separado imprudentemente, confusa por haber sido sorprendida en su curiosidad y turbada con las palabras que habia oido.

El marqués de Neuville cerró su ventana á fin de que aquella casa pareciera estar siempre en el mismo estado de abandono, y luego se alejó rápidamente.

. . . . . .

Eran las cuatro; el sol bajaba en el horizonte y pronto iba á desaparecer de una selva sin follaje y sin verdura que dominaba la fuente de los Suizos. Pero antes de ocultarse lanzaba, á través de aquellos bosques ennegrecidos y despojados por los primeros frios, sus últimos rayos sobre la iglesia de San Luis, ese monumento religioso que Luis XV hizo levantar en Versalles.

Dos personas se encontraban á la sazon en la iglesia: Leandro, el artista, que iba á pedir inspiraciones á Dios despues de haber ido á buscarlas en medio de las maravillas que Luis XIV, el rey fastuoso, habia esparcido abundantemente en el parque y en el palacio; y Blanca, la jóven que despues de las emociones de aquel dia acudia á pedir la calma y el acierto al Dispensador de todos los bienes.

Leandro estaba ya en el templo cuando Blanca llegó. Así que la distinguió se ocultó, extrañado y conmovido, detrás de uno de los macizos pilares que sostienen la bóveda, y de allí examinó á la jóven.

Blanca habia entrado por la puerta lateral de la derecha, á cuyo lado se encuentra detrás del altar mayor la capilla de la Santa Vírgen, á la que tenia la jóven una devocion particular. En esa soledad aparte en medio de la gran soledad de la iglesia se arrodilló la jóven.

Grande era su recojimiento en la oracion. Su alma estaba toda en Dios, y su rostro manifestaba la felicidad apacible de su alma.

Pero poco á poco se fué poniendo triste y comenzó á llorar.

Leandro que habia aprendido á leer en su corazon, adivinó que la jóven huérfana oraba una segunda vez por su padre y su madre. En su tristeza y en toda su actitud se notaba la resignacion de la separacion eterna, la resignacion de la fe.

Despues de haber orado por aquellos que ya no existian, la jóven oró por el que Dios la habia enviado sobre la tierra para que fuese su único amparo. Al recuerdo del artista se sintió renacer. Su cuerpo que hasta entonces habia estado doblegado, se enderezó insensiblemente como se endereza un arbusto cuando ha pasado el huracan; su frente se ostentaba serena y venturosa; sus ojos sonreian como sus labios, y su boca parecia pronunciar su nombre amado. La dulce esperanza inundaba á la huérfana con sus rayos mas suaves, y la acariciaba con sus mas halagüeñas ilusiones.

Por esto permanecia inmóvil en medio de los rayos de esperanza que la cercaban por todas partes como con una aureola resplandeciente. Habriase dicho que temia desvanecer con el menor movimiento el hechizo en que se hallaba envuelta.

En este instante su rostro tenia una expresion tan sublime, su hermosura brillaba de un modo tan sobrenatural, que Leandro se creyó bajo el imperio de una alucinacion que le engañaba. No veia á Blanca ya, sino á la Esperanza personificada en la jóven.

—Sí, se dijo de repente el artista inspirado; sí, esa es la Esperanza, hija del cielo, tal como yo la concibo y no como está representada en ese mármol que tengo ante mis ojos.

Y el jóven miraba á una de las tres estátuas que se hallaban en aquella época en la capilla de la Virgen, y que representaba la Fe, la Esperanza y la Caridad, estátuas que desaparecieron en la tormenta revolucionaria del 93.

Blanca se levantó; acababa de notar que se ponia oscura la iglesia. Hizo la señal de la cruz, se inclinó profundamente ante la imágen de la Vírgen y salió.

PEINADO PARA SEÑORA DE EDAD.

PEINADO PARA SEÑORA DE EDAD.

© Biblioteca Nacional de España

En cuanto estuvo fuera, las mismas inquietudes que habia tenido á la ida se apoderaron de ella. Por eso marchaba con paso rápido, eligiendo no los senderos mejor tratados y mas cómodos, sino el camino mas corto y directo, saltando por encima de los matorrales y las desigualdades de terreno que encontraba al paso, y que las lluvias de noviembre habian llenado de agua.

Leandro la seguia, marchando á cierta distancia detrás de ella para no asustarla con el ruido de sus pasos, pero de manera tambien que pudiese estar á su alcance en caso que fuese necesaria su presencia.

La jóven caminaba sin volverse, y pronto llegó á su casa. Al pasar delante de la ventana donde se habia mostrado el marqués de Neuville, no pudo menos de turbarse. Aceleró el paso y penetró en su vivienda cerrando la puerta con suma precipitacion.

Leandro advirtió la rapidez de este movimiento, pero le atribuyó á un sentimientoo de espanto natural en una jóven que nunca habia salido sola.

Leandro llegó algunos instantes despues de Blanca.

—Me has hecho andar bien de drisa, le dijo al entrar con tono cariñoso.

—¿Me has visto?

—Si, venia detrás de ti.

—¿De veras?... He tenido miedo, ¿no es verdad? No me riñas; he creido que debia ir á rezar por mis padres á la iglesia.

—Y has hecho bien; yo tambien he estado en la iglesia. Si; y he visto arrodillada y llorando á una jóven tan hermosa, que he creido que estaba viendo á la Esperanza personificada. Muy feliz he sido en ese instante, feliz porque te veia, Blanca, pues eras tú, y feliz por haber hallado, al mirarte, la expresion que trataba de dar á esta estátua que representa una de las tres virtudes teologales. Ya tengo la Fe, continuó el artista; si, la tengo aqui, en mi cabeza; la ví un dia que tú rezabas, y ahora me acabas de mostrar la Esperanza. No me falta mas que la Caridad. El invierno se acerca, y algun dia, pronto seguramente, me darás á conocer esta tercera virtud y entonces verás las tres estátuas que están en San Luis, frias como el mármol, reemplazadas por las de Leandro.

—¡Oh! Dios nos bendecirá, exclamó la jóven, porque tus pensamientos son grandes y generosos.

—Tú me los inspiras. Pero dime, Blanca, ¿quién te habia trasfigurado así á mis ojos en Esperanza, en virgen del cielo.

—Estaba orando cuando de repente una esperanza viva *me ha inundado de felicidad.*

—¿Qué nombre es el que has pronunciado en tu oracion? Sé cuál es, en vano querrias ocultármele.

—¿Quién te le ha dicho? repuso la jóven bajando los ojos.

—Tú, Blanca.

—Yo no te he hablado.

—Pero has hablado á Dios y te he oido, y como tú he sentido un júbilo inexplicable.

—¿Y esperas con tanta fe como yo, Leandro?

—¡Oh! si, si... con toda mi alma, respondió el artista con pasion tomando la mano de la jóven.

—¡Leandro! dijo esta suavemente sin fuerzas para retirar su mano.

Y atraidos el uno hácia el otro por un impulso irresistible se iban á hacer una tierna confesion... pero esta confesion espiró al borde de sus labios.

Sin embargo, desde aquel instante comprendieron que se amaban, y hasta les pareció que no habian debido darse el nombre de hermano y de hermana mas que para dar tiempo á su amor de que creciera y se purificara bajo la proteccion y la santidad del amor filial.

V.

La noche habia llegado. Las horas habian huido con una rapidez inusitada para Leandro y para Blanca, embriagados con esa felicidad vaga, indefinida que disfrutan dos almas que se aman sin habérselo declarado; y que seria el paraiso si pudiera durar siempre.

En breve se oyó á lo lejos el ruido de un coche que se acercaba: era un carruaje que el marqués de Neuville habia prometido enviar al artista y en efecto se detuvo en su puerta.

Leandro se apresuró á salir, y cuando estuvo pronto, Blanca se acercó á él tímidamente y le dijo:

—Estoy muy triste, Leandro.

—Es la primera noche que paso lejos de tí, y yo tambien estoy triste, repuso Leandro. Desearia no tener que salir; sin embargo, seria una ingratitud que yo no correspondiese con presteza á la invitacion del duque de Avranches y al obsequio del marqués de Neuville.

—Lo sé, dijo la jóven con resignacion. Pero trata de estar aqui lo mas pronto que puedas.

—Lo haré asi, hermanita. Por lo demás, nada tienes que temer aqui. Todo está bien cerrado, y no tardará en llegar Francisca. Ya sabes cuán exacta es.

Leandro dió un beso á Blanca en la frente, y esta tomó con avidez las dos manos del jóven como si quisiera impedirle que saliera.

En aquel apreton de manos, que prolongó el beso del artista, hubo para ella como el presentimiento de un infausto suceso que le era imposible definir.

El artista subió al carruaje y se alejó rápidamente.

Tres personas prestaban un oido atento al ruido de este coche.

Leandro se alejaba con un bienestar inexplicable; se forjaba sueños de gloria para él, y sobre todo de felicidad para Blanca á quien amaba locamente, sabiendo que ella le correspondia. De esto modo llegó al palacio del marqués de Neuville, sito en el boulevard de la Reina.

Le dijeron que el marqués se habia visto precisado á salir; pero sus criados tenian órden de conducir al artista á casa del duque de Avranches, si se cansaba de esperar.

Leandro se sentó en un rico sofá, de seda y oro, cerca de una hermosa lumbre, y dió rienda suelta á su imaginacion que trasportó en breve al pais de los sueños dorados al lado de Blanca.

Pero en tanto que Leandro se disponia una existencia aparte toda de ilusiones, Blanca se habia quedado en el mismo sitio donde él la dejara.

(Se continuará.)

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

TRAGE DE FULARD MAIZ.—La enagua está guarnecida por abajo con una tira de fulard blanco bordada de trencilla negra, cuya tira sube por uno de los lados; corpiño con solapas blancas puntiagudas y bordadas, así como la tira que sube hasta el hombro. Corbata negra bordada de seda blanca.

TRAGE DE MOER GRIS, adornado con entredoses de guipur formando arabescos, subiendo por delante hasta el talle, y continuándose sobre el corpiño; el trage está hecho en forma de redingot, y va cerrado con botones negros de abajo arriba; mangas de verano algo anchas, guarnecidas como el trage. Corbata punzó.

COSTUMBRES PARISIENSES.

LA URBANIDAD.

III.

VISITAS.—ENVIO Y REDACCION DE TARJETAS.—DURACION DE LAS VISITAS.—ETIQUETA QUE PRESIDE EN ELLAS.

Es difícil formular reglas exactas para las visitas. Cada pais, casi cada ciudad, tienen en este punto sus usos particulares. En ciertas localidades, los últimos que llegan esperan y reciben las visitas de las personas establecidas en la poblacion que vienen á habitar. Es menester informarse de estos usos, y conformarse con ellos exactamente. En otras partes, por el contrario, los recien llegados son los primeros que visitan, y con perdon de las costumbres locales, me parece este uso mas sensato y por

© Biblioteca Nacional de España

consiguiente mas político. Vale mas respetar la independencia de cada uno de por sí y dejar á los nuevos vecinos la iniciativa de las relaciones que quieren establecer.

Toda primer visita debe devolverse dentro de los ocho dias siguientes; mayor retardo pudiera ser ocasion de ofensa, porque permitiria el suponer que se dá poca importancia á aquella visita. Sin embargo, al aconsejar á las personas que hayan de devolverla que sean puntuales, aconsejaré tambien á las que hayan de recibirlas el que sean indulgentes en este punto. Una demora puede ser independiente de la voluntad y reconocer por causa una indisposicion, ocupaciones perentorias, mil circunstancias en fin fortuitas. Es menester aceptar las escusas que le den para legitimar esta tardanza, siquiera sean pretestos en vez de motivos; la susceptibilidad, aun la mas legítima en la apariencia, es casi siempre injusta, y en su resentimiento dá una excesiva importancia á hechos de órden secundario, y suponiendo en los otros un deseo de ofender, saca de los actos mas indiferentes, de las palabras mas insignificantes, una prueba de intenciones dañadas. Sin tolerar que á uno se le trate con ligereza, sin permitir que se le falte, se debe dar algun crédito á los demás, y conceder á sus defectos la indulgencia, sin la cual serian imposibles las relaciones sociales.

Se hace una visita ocho dias despues de haber comido en una casa (guardaos bien de designarla con el título de *visita de digestion*); tambien se hace otra visita despues de haber recibido una invitacion para baile ó *suaré*, aunque no se haya podido hacer uso de ella. La vida parisiense es tan ocupada que los hombres no pueden siempre emplear sus mañanas en estas visitas obligadas. Si la Sra. de la casa se queda en ella durante una noche de la semana para recibir á las personas de su conocimiento, se tolera el que semejante noche se haga la visita. Pero como las hay que son rígidas en punto á la etiqueta, es menester conocer los caractéres y los hábitos antes de usar de esta tolerancia, y si no se tienen relaciones familiares y afectuosas, vale mas hacer la visita despues del medio dia. En París, á menos de contarse entre los amigos íntimos de la familia, no se visita antes de las tres ni despues de las cinco y media.

Solamente los hombres hacen visitas el primer dia del año; cumplen este deber bajo el punto de vista oficial, yendo primero á casa de sus superiores en el órden gerárquico, en seguida á casa de las señoras que hacen parte de su familia, y en fin á aquellas donde son recibidos con intimidad. Las señoras reciben estas visitas, pero no las hacen en tal dia: envian solo targetas. Se procede siempre de la juventud á la vejez.

Todo matrimonio jóven envia sus tarjetas á un matrimonio mas anciano, adelantándose al envío de las de éste.

Toda familia compuesta solo de señoras se abstendrá de enviar tarjetas á familia donde haya caballeros, hasta que éstos le envien las suyas. Si no se trata con intimidad á la persona que dirije una esquela dando parte de algun acaecimiento importante, como nacimiento, muerte ó boda, si no se le puede inmediatamente visitar, se le envia una tarjeta. Hoy las esquelas de dar parte se envian hasta de localidades lejanas. Se acusa el recibo enviando una tarjeta por el correo.

Cuando se recibe una esquela dando parte de boda y conteniendo una invitacion para asistir á ella, se debe asistir; en este caso se espera la tarjeta ó la visita de los novios. Si no se ha podido asistir á la ceremonia, se envia una tarjeta á los recien casados, y se espera su visita antes de hacérsela á ellos.

La redaccion de las tarjetas no es absolutamente indiferente. Los caballeros estampan en ella sus títulos, su nombre y apellido, y su grado y las señas de su casa. Las señoras observan mayor reserva, y solo ponen su apellido, sin hacerlo preceder de su nombre de bautismo, y sin señas de casa. Si la familia es numerosa y muchas señoras llevan el mismo apellido, se colocará además en la tarjeta el nombre de pila del marido.

Hay visitas oficiales que se hacen siempre por el marido y la mujer juntos. Para estos casos, las tarjetas llevan los dos nombres. Si existen dos matrimonios en la misma casa, naturalmente se han de dejar dos tarjetas.

La duracion de las visitas no debe exceder de unos veinte minutos, á menos que sean de amistad. La señora de la casa ocupa por lo comun una butaca junto á la chimenea: este sitio lo cederá solo si la dama que la visita es de edad tal que exija los respetos de la vejez. Esta consideracion servirá tambien de regla de conducta á las demás señoras que se hallen en el salon en el momento de la llegada de una nueva visita. Si esta es mucho mas jóven que la persona mas próxima á la señora de la casa, no se descompondrá el círculo; en el caso contrario, se le cederá invariablemente el sitio de honor. En general, la buena sociedad impone el simulacro de esta oferta respecto á todas las personas que llegan. Sin embargo, una dama de edad debe aceptar siempre el sitio que se le ofrezca por otra mas jóven. Estas muestras de política han de cambiarse sin afectacion, y no se deben nunca hacerlas degenerar en lucha.

Para evitar el apiñamiento en un salon, la persona ó personas que hace mas tiempo se encuentran en él deben despedirse al entrar una nueva visita, si el número de las presentes es ya algo considerable.

Las señoritas no tienen tarjeta; escriben su nombre con lápiz en la de su madre, ó bien en la de su padre, si éste las acompaña solo. Evitarán además el prodigar los apretones de manos, y esperarán á que en este punto tome la iniciativa la señora de la casa. Si hay señoritas en la familia, cambiarán el apreton de manos usado hoy; si hay caballeros jóvenes, y si estos están bien educados, no tenderán su mano marcialmento á las jóvenes, y se limitarán por una parte y otra á cambiar un atento saludo.

IV.

LA CONVERSACION. — LOS IMPORTANTES. — CONTRADICCIONES.

Vamos á indicar aquí tan solo de un modo general algunos de los escollos que es indispensable evitar en la conversacion, confiando por lo demás al buen sentido el cuidado de las aplicaciones particulares.

En cada regla de la política se halla, cuando se busca, el gérmen ó el desarrollo de alguna virtud. Así pues, estimulándonos el amor al prójimo á ocuparnos de los demás con preferencia á nosotros mismos, esto en las relaciones sociales, se expresa por el cuidado de preferir á nuestros intereses y á nuestras personas los intereses y las personas agenas.

Se evitará, pues, el hablar de sí propio, no digo exclusivamente, porque eso seria intolerable, sino ni siquiera extensamente. Conviene no olvidar que los incidentes que se refieren á nosotros, á nuestros gustos, á nuestros sentimientos, no pueden inspirar á los demás el grado de interés que nos inspiran á nosotros mismos, y si nuestro egoismo nos engañase en este punto, seria menester refrenarlo, acordándonos de que el egoismo ageno ha de encontrar este género de conversacion completamente insípido. Pero como todo extremo tiene sus inconvenientes, resulta que debe hablarse poco de sí para no fastidiar á los que nos oyen, pero sí hablar algo, á fin de que una excesiva reserva en este punto no parezca estudiada, revelándose por ella que tememos hallar en los demás la personalidad y la indiferencia cubiertas con un mero barniz de benevolencia y de aprecio.

Todos han podido encontrar en la sociedad personas inteligentes, dotadas de cualidades incontestables, y que á pesar de esto tenian el triste privilegio de lenguaje, hasta la entonacion misma de su voz, todo en ellas chocaba, lastimaba á las personas con quienes se hallaban en contacto. Esto consiste en que pertenecian á la especie de los *importantes*: ahora bien, el importante es siempre impolítico, porque es siempre egoista é infatuado de su mérito; emprende siempre probaros que no sabeis lo que decis, ya sea que formuleis un elogio ó una crítica; juzga irónicamente los mas célebres hombres, porque siendo él, segun imagina, apto para todo, se dice á sí mismo que, á haberlo querido, él habria sobrepujado á cuantos se elevan sobre los demás.

Se ha formado él, para su uso particular, una especie de coleccion donde clasifica todos los talentos disputados, los literatos extravagantes, los pintores oscuros, los músicos que se han quedado á la mitad del camino de la celebridad; los eleva sobre un pedestal, y les consagra un culto, los admira con una especie de encarnizamiento, porque estas reputaciones creadas por él son, por decirlo así, suyas, porque tiene cuando menos el mérito de haberlas descubierto y señalado. Fuera de esto nada existe, y el *importante* expresa sin miramiento, como sin política, su lástima por la necedad de los que gozan de otras admiraciones.

Este defecto, leve si se le juzga bajo el punto de vista de la moral, es capital en nuestras relaciones sociales. Nadie está desprovisto de una dosis mas ó menos fuerte de vanidad, y por eso justamente una vanidad tan francamente expresada se considera como un enemigo público; todos se encuentran lastimados por los aires dominadores que el *importante* toma en la conversacion, todos se ponen en guardia para defender sus convicciones propias, á las cuales pretenden sustituir otras convicciones; todos se hallan en estado de legítima defensa, y la conversacion, en vez de ser un torneo en el que por ámbas partes se combate con armas corteses y embotadas, no es sino un duelo encarnizado ó una refriega tumultuosa. Las cualidades, la inteligencia que pueda poseer el *importante*, desaparecen á los ojos de sus adversarios, porque se estima demasiado superior á los demás. Siempre estamos dispuestos á rehusar elogios, siquiera puedan ser merecidos, á aquellos que creen merecer toda clase de elogios.

La reflexion nos enseña estas verdades; la política nos enseña á ponerlas en práctica, á fin de dar á nuestras relaciones con los demás aquel carácter de amenidad que no puede separarse del placer que puede causarnos su compañía. Desde el momento en que toda nuestra estimacion, toda nuestra admiracion se concentran únicamente en nuestra propia persona, nos hacemos impropios para vivir con nuestros semejantes. Toda reunion ve nacer un combate: la discusion en vez de encerrarse en unas formas benévolas con las cuales se anima la conversacion sin agitarla, sin agriarla, degenera en contradiccion sistemática, y esta, en virtud á la ley que acelera el movimiento, se transforma indefectiblemente en la detestable costumbre de desmentir á los que con nosotros disienten.

Detengámonos un momento en esta última palabra. El desmentir á cualquier persona es una de las formas mas chocantes con que se puede revestir la vanidad y la infatuacion, es una arma brutal que destruye, no el hecho que se desmiente, sino toda simpatía hácia el que emplea esta fórmula de desprecio.

Fuera del caso en que se trate de defender el honor de quien es injustamente atacado, el desmentir debe cuidadosamente evitarse, porque constituye una injuria sangrienta, poniendo en duda la veracidad, la probidad y el juicio de los demás. Aun en los casos mas graves, como el de que hablo mas arriba, una persona bien educada ha de abstenerse de formular un mentís demasiado directo y rudo. Sin permitir que con ligereza se comprometa el honor ageno, si se tiene la certeza de que la acusacion es injusta, se podrá poner en duda la exactitud de los datos sobre los que se funda mi juicio desfavorable, pero cuidando de no agravar esta negacion con personalidades ofensivas; en una palabra, es menester encerrarse estrictamente en la defensa, hacerla con calor, pero con urbanidad, y no pisar el límite que la separa del ataque.

Si de las consideraciones generales descendemos á algunas recomendaciones particulares, hallarémos que el buen gusto reprueba ciertos términos como familiares; pero seria pueril señalarlos aquí, porque supondria el que creyésemos que puedan usarse.

EMMELINE RAYMOND.

VIAJE DE SIR EDMUNDO BROOMLEY

EN BUSCA

DE UNA TAZA DE TÉ.

(Continuacion.)

En segundo término un anciano miraba lo que estaba pasando, con mucha tristeza, pero sin atreverse á decir una palabra.

Nosotros nos habiamos detenido á riesgo de que nos vieran, y por fin distinguimos á la jóven tomar el bolsillo, besar la mano que se le alargaba, saludar respetuosamente á los dos hombres, y salir andando hácia atrás, del aposento.

No hay duda que no necesitaria tanto un escritor de gracia y de invectiva para edificar sobre la escena en cuestion las cosas mas bonitas del mundo... sobre todo si se piensa que el cuadro estaba en la China. ¿Qué no se podria hacer de aquella jóven llorosa... que era quizá una cocinera despedida á quien el ama pagaba su salario?

. . . . . .

M. Bernard se encuentra completamente bueno; nada nos impide ya salir para Pe-tang, y ardo en deseos de saber si el *Pélicano* está de vuelta y si me ha traido mi preciosa tacita. Hemos fletado un junco para bajar el Pei-ho, y mañana al amanecer nos despedirémos de Peking. Esta tarde un intérprete agregado al ejército inglés ha venido á decirnos que el mandarin jefe de la policía queria vernos inmediatamente.

© Biblioteca Nacional de España

Al punto pasamos al yamoun de este funcionario.

—Vamos, dije á mi amigo, parece ser que yo habia calumniado la imparcialidad de la policía china; sin duda vais á ser vengado.

—Hablando francamente, me respondió, no lo deseo. Me repugna causar la muerte de una mujer.

—¿Aun cuando esa mujer haya querido mataros?

—Sí; yo era para ella un enemigo, habia entregado al verdugo al hombre á quien quizás amaba, por mí ha quedado en la miseria, y al herirme ha obedecido á un movimiento de odio feroz... pobre infeliz, abandonada sin duda desde su infancia á los mas violentos instintos, no merece ser juzgada con mucha severidad.

M. Bernard se calló, pero al cabo de algunos instantes prosiguió con cierto aire confuso:

—Y á decir verdad, yo no he visto á esa mujer; solo vos habeis creido reconocerla.

—Teneis un noble corazon, le dije: quizá demasiado noble.

En aquel momento llegamos al yamoun. Nos hicieron entrar en la sala de audiencia donde el mandarin nos esperaba gravemente sentado. Al vernos se levantó, se vino á nosotros con presteza, y despues de habernos prodigado innumerables tchin-tchin, dijo algunas palabras á un oficial subalterno que parecia esperar sus órdenes, y se fué otra vez á su asiento tomando una actitud llena de dignidad. Casi en el mismo instante la puerta se abrió, y el oficial apareció de nuevo seguido de dos guardias que conducian á una mujer.

Era la querida del pirata.

Estaba muy pálida, pero no temblaba, y en su rostro no se pintaba el menor espanto. Clavó en M. Bernard una mirada que rebosaba una sorpresa cruel; se habia quedado atónita al encontrar vivo al hombre á quien creia muerto.

M. Bernard miró á otro lado.

El mandarin llamó al intérprete cerca de sí y le encargó que tradujera exactamente todas sus palabras con las respuestas que dieran á ellas; y luego dirijiéndose á la mujer, comenzó diciendo.

—¿Quién sois?

—*Soy Tchao-Wa, de Shang-hai.*

—¿De oficio?

—Cantora.

—No habeis sido compañera de un pirata ahorcado hace algunos meses?

—No.

—Hace tres semanas habeis herido con un puñal en el camino de la pagoda del Este á nuestro queridísimo amigo el francés aquí presente; ¿no es cierto?

—No, respondió la jóven con voz firme.

El mandarin nos miró con un aire que queria decir:

—Esta mujer tiene mucha audacia, pero conocemos muy bien á los criminales y sabemos lo que debemos pensar de sus denegaciones.

Y dirijiéndose á M. Bernard, le preguntó:

—¿Habeis sido herido por detrás?

—Sí, contestó este.

—*¿Y no habeis visto al asesino?*

—No le he visto.

—Muy bien; pero nuestro queridísimo amigo el inglés estaba allí, y un instante despues del crímen ha visto detrás de una roca á una mujer alzando un puñal, y la ha oido proferir un detestable grito de alegria.

—Es verdad, respondí yo.

—Mirad á esa mujer, me dijo entonces el mandarin.

Así lo hice.

—¿Reconoceis en ella á la mujer que dió el grito y levantó el puñal?

M. Bernard me dirijió una mirada suplicante.

—No la reconozco, respondí.

Ninguna emocion se manifestó en el semblante de la jóven. En cuanto al pobre mandarin no podia dar crédito á lo que oia.

—Pregunto á mi queridísimo amigo el inglés, repitió, si no es esta mujer la que dió el grito de alegría y levantó el puñal.

—No la reconozco, respondí por segunda vez.

El mandarin suspiró profundamente, y luego, tomando una resolucion como un hombre que se dice, que al cabo y al fin no ha hecho lo que ha podido, ordenó que pusieran en libertad á Tchao-Wa. La jóven salió lentamente, sin que un músculo de su rostro hubiese *puesto en evidencia la menor señal de alegria.*

—La justicia continuará sus investigaciones, nos dijo el mandarin acompañándonos hácia la puerta de la sala de audiencia.

Nosotros le declaramos que estábamos llenos de respeto y de admiracion por la sagacidad de la policía china, y que deseábamos no se tomara ya ningun trabajo acerca de este asunto.

El hombre nos respondió que no deseaba otra cosa mas que complacernos, y llegó con nosotros hasta el umbral del yamoun, confundiéndose en cumplidos y reverencias.

—Muchas gracias, amigo mio, me dijo M. Bernard cuando hubimos salido.

—Me habeis hecho hacer una tontería, le respondí, y ojalá no tengamos que arrepentirnos. Para que esto no suceda, caminad delante mirando bien á derecha é izquierda, no sea que aparezca nuestra heroina con su puñal.

A Dios gracias, llegamos á casa con toda felicidad, y nos despedimos del hospitalario sacerdote. El pobre hombre se mostró tan afligido cuando le ofrecimos una *retribucion por nuestra permanencia allí, que el insistir* en ello habria sido cruel por nuestra parte.

Le dejamos como memoria una sortija de ínfimo valor.

Mi caballejo y mi carricoche chinesco no me servian ya para nada, y con ellos hice un famoso regalo á una cantinera del ejército francés.

. . . . . .

—¡Oh! capitan...

—Mandé llevar vuestros cofres á mi camarote, y creo poder aseguraros que todo lo hallareis como lo dejásteis.

—Si lo permitis, capitan, dije yo con una presteza febril, voy ahora mismo...

—¡Cómo!... nada mas natural... Benjamin, llevad á sir Edmundo Broomley á mi camarote.

Un grumete se acercó á mí inclinándose con el aire de un lacayo perfectamente enseñado y yo le seguia cuando el capitan añadió:

—Ahora, con seguridad, salimos el sábado próximo *para Marsella; si os dignáseis viajar en mi compañía*, yo por mi parte celebraria infinito contaros en el número de mis viajeros.

—Con el mayor placer, capitan, le respondí.

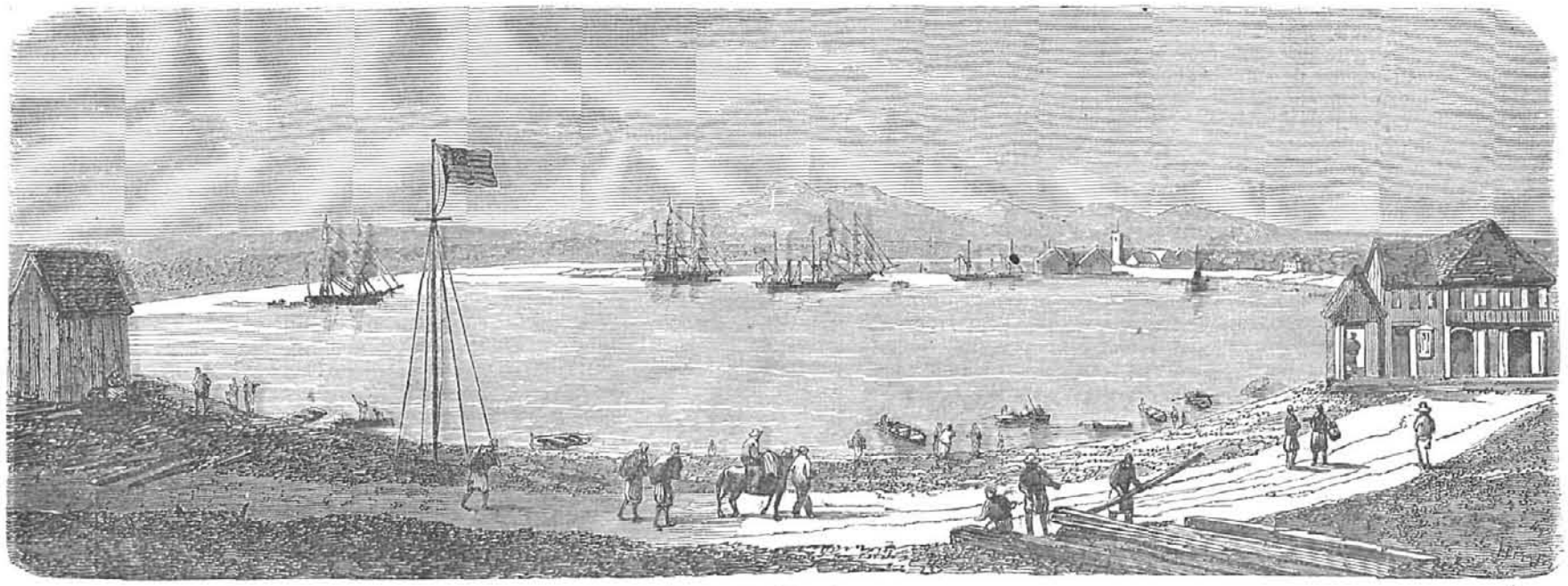
—Debemos tocar en Nangasaki y en Canton, pero el *Pelicano* es ligero y fácilmente ganarémos despues el tiempo que perdamos.

—Capitan, contad conmigo.

Y corté la conversacion de repente, tal era mi impaciencia por abrir mis baules.

¡Con qué temblor metí la llave en la cerradura! Mi corazon palpitaba fuertemente. *Dí una vuelta á la llave*, alcé la tapa del cofre, y con una emocion inexplicable descubrí una caja atada con una cinta azul; desaté la cinta, abrí la caja, y en ella encontré mi taza, que descansaba blandamente en su lecho de algodon; allí estaba, entera y verdadera, y las flores rosadas y azules que la adornaban parecian mirarme con misteriosa simpatía del fondo de sus cálices, y los chinitos y las chinitas que respiraban aquellas lindas flores parecian sonreirme con benevolencia.

Tomé la taza y la besé... ¡Oh! ¡miss Aurora, por vuestro amor, *cuántas tonterías estoy haciendo!*



VISTA DE GUY-TOWN.

¡Qué rio tan feo es el Peiho! Aguas súcias que arrastran todas las inmundicias de la civilizacion, márgenes peladas, un cauce estrecho y tortuoso, ¡horrible rio en verdad! y para distraer la vista y la imaginacion, *campos de mijo rodeados de sauces, grandes llanuras* sin fin sobre las cuales se desliza la mirada sin poder detenerse nunca, salinas inmensas, lagunas de fango líquido en donde se destacan aquí y acullá algunos cerros, largas líneas de cañaverales, miserables aldeas con casas de fango y de paja, pueblos de comercio que parecen gigantescas factorías, y de tiempo en tiempo una huerta, una pagoda, una casa de campo de mandarin... ¡y este gracioso panorama dura ocho dias!

Muchas veces hemos pronunciado esta frase: ¿Cuándo llegaremos pues á Pe-tang?

Pe-tang era nuestra tierra prometida, y por fin llegamos ayer mañana.

M. Bernard volvió inmediatamente á su servicio á bordo del *Agil*. El *Pelicano* no ha vuelto aun de Hong-Kong, pero se le espera todos los dias.

. . . . . .

Hoy 15 de diciembre de 1860 á las ocho de la mañana ha entrado en el puerto el *Pelicano*. Así que tomó puesto á lo largo del muelle pasé á su bordo y pedí que me llevaran al capitan. Este digno marino se hallaba muy ocupado con el desembarco de su cargamento, pero es un hombre muy cortés que ni siquiera pareció hallar importuna mi visita en aquel instante.

—Capitan, le dije, os pido mil perdones; sin duda no tengo la honra de ser reconocido por vos.

—Muy al contrario, caballero, me dijo interrumpiéndome y sonriendo con mucha gracia, sois sir Edmundo *Broomley, y debiais salir con nosotros de Shang-hai* para Marsella. Una órden superior nos obligó á marchar al golfo de Pe-tche-li en vez de regresar á Francia, no pudimos advertiros á tiempo, y en la precipitacion de un viaje imprevtsto, ni siquiera pensé en desembarcar vuestro equipaje, olvido que os ruego humildemente me dispenseis.

A bordo del *Pelicano*.

Hace siete dias que hemos salido de Pe-tang. No he podida separarme de M. Bernad sin mucha pena, y con lágrimas en los ojos nos dijimos: «Hasta mas ver.» ¡Cuánto nos gusta pronunciar esta frase que encierra una esperanza! y sin embargo, las mas veces deberiamos decir lisa y llanamente: «¡Adios!» Pero el cielo está de una admirable trasparencia, la mar tersa como un espejo, y sopla una brisa encantadora que nos dirije hácia las regiones europeas: lejos pues de nosotros las ideas tristes.

De veras el *Pelicano* es un precioso buque y el capitan Herbin uno de los mas amables que pueden verse. Se afeita todos los dias, come con corbata blanca, no habla jamás de su comercio; y continuamente demuestra sentimientos de sincera amistad hácia la Inglaterra; es lo que se llama un *gentleman*. Difiere del capitan *Lecoq* casi todo lo que un hombre puede diferenciarse de otro hombre.

Ayer mañana, al amanecer nos hallábamos á la vista *de Nangasaki, el puerto principal del Japon: el general* de Montauban entraba al mismo tiempo que nosotros en el puerto con la escuadra francesa, y una hora despues yo me paseaba por la ciudad. Dicen que los japoneses desprecian soberanamente á los chinos, y tienen razon. La magnificencia de las casas, el aseo de las calles, la elegancia del trage de los hombres y de las mujeres, la gracia y la urbanidad de sus modales me han maravillado. Con un regocijo indecible veia que podia andar sin poner el pié en montones de basura, que podia respirar sin que olores inexplicables me diesen náuseas. Las habitaciones japonesas están abiertas á todas las miradas; parece que cada cual tiene el prurito de vivir al aire libre á fin de facilitar el espionaje, que es la base del gobierno; los japoneses llevan su buena voluntad hasta el punto de hacer su tocador en la calle, y lo mismo las damas que sus maridos no piensan en retirarse á sus aposentos y cerrar las ventanas para librarse de las miradas indis-

© Biblioteca Nacional de España

cretas. Al ver el aire risueño y contento de ese pueblo, parece que el secreto de su felicidad se encuentra en esta máxima: «Espiémonos los unos á los otros.» Durante diez horas no he cesado de andar al acaso por esa preciosa ciudad, extasiándome ante las tiendas de laca, de porcelana, de cristalería, de telas europeas, de relojes, de telescopios y microscopios; ante los graciosos jinetes que manejaban los caballos con una destreza increíbe, y por fin, ante los tipos tan extraños como nuevos que se cruzaban conmigo á cada paso.

Aquella misma tarde, antes de puesto el sol, proseguimos nuestra marcha.

(Se continuará.)

TEATROS.

En el Principal han terminado las funciones que por espacio de mes y medio escaso ha venido ejecutando la compañía del Sr. Valero. Durante esta breve temporada no han disminuido un punto los aplausos, y á pesar del sofocante y aquí inusitado calor con que se sirve favorecernos el mes de Julio, las entradas no han aflojado proporcionalmente, constituyendo muchas de ellas otros tantos llenos. Esta circunstancia habla muy en alto en favor de la acogida hecha en Cádiz al Sr. Valero; porque es menester colocarse en la situacion del público que ocupa las altas regiones de nuestro coliseo Principal para apreciar todo lo que allí se sufre en tales noches. Se necesita algo de heroismo para embutirse en aquel estrechísimo local, para aprensarse en aquellas gradas de madera, para oprimir al que está mas abajo y para ser oprimido por los que están mas arriba, para ver solo á vista de pájaro á los actores, y eso no á todos, y para experimentar por largas horas una temperatura mas que suficiente para sacar pollos, despues de haber esperado otra hora ante la cerrada puerta de la galería alta. Quien esto sufre (que son centenares de personas) tienen hecha ya todas sus pruebas de aficion contumaz é inquebrantable.

Ahora bien, esto indica dos cosas; el gusto con que el público de Cádiz oye al Sr. Valero, y lo fácil que seria popularizar aquí mas y mas la aficion á los espectáculos dramáticos, si hubiera un teatro de buenas condiciones, especialmente para los que pueden ó quieren pagar poco.

Nuestro coliseo se construyó en una época muy diferente de la actual; el teatro era barato porque se pagaba mal á los actores, y además habia localidades donde solo se satisfacia la entrada, las que por su situacion eran cómodas y atraian mucha gente; localidades que se destruyeron despues sacrificándolas á la mejor visualidad; el bello sexo, exclusivo inquilino entonces de los pisos altos, se vió privado de la mitad de su sitio, y lo que antes era bueno para una no leve parte del público, se convirtió en malo, porque el teatro no daba de sí otra cosa. Téngase esto presente cuando se construya el nuevo que anda en proyecto; porque no nos cansarémos de repetirlo, allí, mas que en cualquiera otra parte, muchos pocos dan mas que pocos muchos.

Ignoramos cuál será el giro que tome el Sr. Valero con su compañía, puesto que los meses actuales constituyen una especie de paréntesis teatral, unas vacaciones dramáticas casi en la totalidad de España. Las contratas para el otoño son todavía prematuras, y las poquísimas compañías que aun existen son por lo general de mera transicion. Por eso sus repertorios no pueden ser tan completos como en otro caso lo fueran; por eso no le es dable el hacer estudios de las obras mas nuevas, y por eso rara vez se atreven á poner en escena producciones que necesiten un decorado especial y costoso, como *El mal apóstol y el buen ladron* y otras varias, que habriamos visto con mucho gusto ahora, asi por lo que ellas en si valen, como por habérselas oido al Sr. Valero, de cuya ejecucion en diferentes teatros tenemos tan buenas noticias.

A esta compañía dramática ha venido á sustituir en el mismo teatro una de ópera, de cuyas tareas no podemos ocuparnos todavia hoy, si bien esperamos hacerlo con todo el detenimiento que exige el distinguido nombre de que gozan los principales artistas que la constituyen. Por ahora dirémos solo que en uno de los mas acreditados periódicos artísticos de Italia, hemos visto mencionados algunos de sus triunfos mas recientes, asi como algunas de las contratas que tienen firmadas ya, y que prueban mas que todos los encomios de la prensa, porque solo artistas de verdadero mérito son asi buscados.

En efecto, en el *Cosmorama Pittorico* de Milan, leemos el siguiente párrafo:

ADELAIDA BORGHI-MAMO.

Esta celebérrima artista ha aceptado las siguientes contratas:

Julio y agosto de 1863, Cádiz.

Otoño, carnaval y cuaresma, 1863,—1864, Paris y Madrid.

Primavera de 1864, Barcelona, teatro del Liceo.»

En noticias teatrales leemos tambien:

«*La Traviata* ha estado afortunadisima en Sevilla. La Albertini y Ferri han hecho furor: el tenor Irfré muy bien.»

Nosotros, que ya sabemos lo que valen la Sra. Albertini, y el Sr. Ferri, debemos no dudar del mérito que habrá desplegado el tenor Irfré en esta ópera, y no considerar semejante noticia como la mera expresion de la buena voluntad de un periodista.

Mientras damos oportunamente cuenta de la acojida que haya tenido en Cádiz la nueva compañía, dirémos algo de la de zarzuela que actúa en el Balon.

Algunos artistas de los teatros de Madrid, cerrados durante la actual temporada, concibieron el pensamiento de reunirse y venir á veranear á Cádiz y sus inmediaciones, dando algunas zarzuelas cortas de las que mayor éxito hubieran alcanzado allí. Entre los asociados los habia que eran ya largamente conocidos en Cádiz, como la Sra. Barrejon y el Sr. Carratalá; otros eran completamente nuevos en estos teatros, por ejemplo, el Sr. Arderius, que goza bastante favor con el público de la córte, segun noticias de los periódicos y voz comun; favor que tenemos por merecido, á juzgar por lo poco que de él hemos visto.

Algunas zarzuelas que esta improvisada compañía ha puesto en escena en el Balon eran ya conocidas, si bien no todas; pero no teniendo espacio por el momento para hablar largamante de estas últimas, vamos á ocuparnos hoy de dos de ellas. Estas serán *Los suicidas* y *Por un inglés*.

Los suicidas no es ni mas ni menos que una sabidísima pieza, que fué años ha traducida del francés con el tituto de: *Tu amor ó la muerte*, y que en su última metamorfosis se ha venido á trocar en zarzuela, que es precisamente lo que por lo comun sucede tratándose de este género de producciones. La música se parece á la de todas las mas como dos gotas de agua.

Por un inglés descubre á tiro de ballesta su orígen francés, pero no la habiamos visto traducida antes de ahora. Hay en ella toda la verosimilitud que se acostumbra á usar en las piezas francesas, es decir ninguna. Hay allí un pobre diablo sin una peseta, que con el trage propio de su poco dinero y con su facha ridícula, pasa por un duque opulento y hombre á la moda, y eso á los ojos de un baron jóven y elegante, á quien su esposa pretende dar celos, y que al efecto toma el té con él á las dos de la madrugada en su propio salon. Despues de varios lances, el falso duque se dá por contentísimo con obtener la plaza de mayordomo del mismo baron cuya esposa quiso hacer de él un fantasma de rival.

En esta zarzuela, prescindiendo de su inverosimilitud, no faltan situaciones cómicas, que hicieron reir grandemente, y que supo manejar con destreza el Sr. Arderius, actor de naturalidad y que no esfuerza los papeles para buscar efectos á toda costa, porque sabe que estos efectos mejor los halla quien menos los busca.

La Sra. Barrejon, bien en todo; el Sr. Carratalá no ha perdido aquí sus antiguas simpatías, el Sr. Landa nos pareció bastante aceptable.

La orquesta ha estado muy bien dirijida por el Sr. Arche, que es todo un profesor.

El Balon estaba vestido de limpio; pero el gas hacia de las suyas, y á no ser por la intervencion de algunas bujías no habriamos podido conocer los efectos del nuevo limpiado y pintura. Está visto, los descubrimientos del siglo son como el vino de Valdepeñas, que pierde de su virtud cuando pasa desde el norte hácia el mediodía.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE GRANADINA DE SEDA LISA GRIS, puesto sobre una enagua de muselina del mismo color. La enagua está guarnecida por delante formando delantal con un entredos negro de encage, que tenga 8 centímetros de alto; otros dos mas estrechos suben hasta el talle, y sirven de marco á unos entredoses dispuestos alternativamente en puntas y en línea recta. Estos entredoses van en disminucion al aproximarse al corpiño, el cual lleva tirantes hechos con el mismo adorno. Manteleta bearnesa, igual al trage, guarnecida de entredoses con un encage negro muy estrecho. Sombrero gris de crin, con flores de granado y plumas negras.

TRAGE DE MUSELINA BLANCA, puesto sobre otro escotado de tafetan azul. El trage de muselina se guarnece por abajo con un ancho volante festoneado y bordado, el cual tiene 20 centímetros de alto. Sobre él corren dos bullones dispuestos en ondas, y atravesados perpendicularmente de trecho en trecho por bucles de cinta azul. Corpiño montante, liso, abotonado por delante. Cinturon de cabos largos, redondeados, y que llevan al rededor un bullon como el del trage. Manteleta de muselina blanca, con un volante bordado, y sobre él un bullon. Sombrero blanco de paja de arroz, adornado con ramas de campanillas azules. Guantes de piel de Suécia color paja con dos botones. Las mangas del trage, algo largas y flotantes, bajan solo algunas líneas del codo. Botitos de tela de lana gris muy claro.

EDITOR RESPONSABLE: D. FÉLIX PRICHARD.

CADIZ 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

OBSEQUIO
A LOS SRES. SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE.

Hemos reimpreso los números que se agotaron de la *Moda Elegante* respectivos á 1861 y 1862, y en su consecuencia nos hallamos en el caso de poder ofrecer á nuestros suscritores los dos tomos de dichos años, ya encuadernados y francos de portes, **por la cantidad de 80 rs. vn.**, remitidos al hacer el pedido en libranzas ó sellos de cualquiera clase.—Los referidos tomos contienen mas de 1.500 dibujos de labores de crochet, bordados de multitud de clases, figurines de señoras y niños, música, etc. y mas de **60 tomos de novelas** morales é instructivas, unas originales y otras traducidas. Hay algunas colecciones con figurines iluminados las cuales cederemos por 20 rvn. de mas.

Los que solo quieran el tomo de 1861 se les remitirá por 19 rs. sin figurines iluminados, y por 25 con ellos en razon á ser de menos volúmen que el de 1862.

A esta rebaja solo tienen derecho los actuales suscritores al periódico.

Las cartas que contengan sellos de correo deben certificarse para evitar estravíos.

Los pedidos se dirigirán á D. Manuel Torrijos, calle Mayor núm. 81—MADRID.

O bien al Administrador de La Moda—CADIZ.

En América fijan los precios los Sres. Corresponsales.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España

V.º 30.